

## PSICOLOGIA DE LA VEJEZ

Jose Luis Pindillo.

Por razones diversas que no vamos a poder detallar - de carácter social y económico unas, científicas otras -, el estudio psicológico de la vejez se ha convertido, más o menos a partir de los años sesenta, en uno de los campos de trabajo más activos de la psicología evolutiva y diferencial, y por supuesto de otras ramas de las ciencias del hombre.

En su reciente y autorizada revisión del tema ( "psychology of Adult Development and Aging", Annual Review of Psychology, 1983, págs. 543-575 ), James E. Birren, Walter R. Cunningham y Koichi Yamamoto han contabilizado en efecto más de cuatro mil artículos y libros especializados, cuyo centro de interés tiene que ver con el proceso de envejecimiento psicológico. De esta amplia masa de trabajos, que comprende investigaciones de aspectos muy variados de la psicología de la vejez, destacan sobre todo los estudios relativos al deterioro de las aptitudes mentales - inteligencia y memoria, principalmente - y de la capacidad de aprendizaje. Claramente, concluyen los autores citados, la psicología evolutiva del adulto se ha centrado durante los últimos treinta años en el impacto de la edad sobre los procesos cognitivos. Sólo de forma secundaria, se han tenido en cuenta otras cuestiones, como por ejemplo la personalidad, el ajuste social y las actitudes. En líneas generales, cabría añadir que la perspectiva dominante durante estos decenios ha sido una perspectiva psicobiológica más que psicosociológica e historicocultural, como de otra parte corresponde a una psicología dominada por el paradigma naturalista, y asimismo por el cognitivismo.

Comenzaremos, pues, por hacer una presentación resumida del panorama de resultados y hallazgos más característicos de estas investigaciones, para ensayar después una reflexión crítica sobre el conjunto de las mismas.

### 1. La vejez como deterioro

Sin que con ello se pretenda restar mérito alguno a las investigaciones del pasado, de alguna manera es preciso reconocer que se han centrado sobre la comprobación de lo obvio. Se ha verificado, por supuesto, que con los años, a partir de la primera juventud, los procesos psíquicos tienden a empeorar, al menos la mayoría de ellos, primero imperceptiblemente y luego de forma más pronunciada hasta llegar a la senilidad que todo lo descompone. Se nos podrá decir, y es verdad, que la investigación pormenorizada de tales cuestiones ha puesto precisión y nueva luz en ellas; ha facilitado su análisis cuantitativo, ha puesto orden en la estructura de los cambios, ha precisado cronológicamente las curvas de involución y algunos de sus determinantes, a la par que ha introducido matices y rectificaciones importantes o ha descubierto algunos hechos - por ejemplo en el campo de la memoria - que no se sospechaban. No obstante lo cual, el punto en que convergen casi todos los trabajos es finalmente el del deterioro, principalmente cognitivo, del psiquismo con el paso de la edad.

No cabe duda de que con los años disminuye la agudeza visual, se pierde oído, la percepción y el razonamiento se hacen más lentos, falla la memoria, decae la inteligencia, se pierde capacidad para aprender y adaptarse a lo nuevo, a la vez que la creatividad y la iniciativa tienden a extinguirse. Todo esto es tan cierto como que dentro de cien años estaremos todos calvos. Sólo que la comprobación empírica detallada del proceso de envejecimiento no se queda, o no debería quedarse sólo en la verificación del deterioro.

Entre otras cosas, ocurre que las diferencias individuales de la involución psicológica son enormes y dependen de factores que, en parte, es posible controlar. El hecho involutivo es diferencial y, hasta cierto punto, manipulable. De una parte, no todos los procesos mentales involucionan sincrónicamente; su deterioro acontece de formas distintas según la naturaleza del proceso, por causas probablemente genéticas, pero también de acuerdo con factores ambientales y biográficos que dependen de la sociedad y del propio sujeto, <sup>to es,</sup> es, conforme a la naturaleza del entorno y al cuidado que el individuo haya dedicado al cultivo de la aptitud. Las destrezas psicomotrices, por ejemplo, decaen antes que las aptitudes mentales, a la par que de éstas las verbales resisten más que las espaciales, vaya por caso. La vida profesional de un piloto de caza es mucho más efímera que la de un profesor, de igual manera que la culminación aptitudinal de un escritor suele ser más tardía que la de un matemático. De otra

parte, la práctica es un elemento que interviene asimismo en la conservación de la aptitud. Un contable, valga el ejemplo, puede llegar a una edad avanzada con una capacidad de cálculo numérico muy elevada, sin apenas deterioro, y por supuesto muy superior a la de la mayoría de la gente joven que no practique el cálculo mental.

Estas y otras circunstancias similares hacen, en fin, sumamente problemática la conclusión global del deterioro cognitivo de la persona de edad, muy especialmente si se tiene en cuenta que el rendimiento intelectual efectivo no depende sólo de la aptitud pura - en el caso de que existiese tal cosa -, sino también de los conocimientos y experiencia que actualizan y configuran la habilidad de cada persona. Por decirlo de algún modo, la influencia del tiempo biográfico y sociocultural sobre el curso evolutivo de las aptitudes es de signo contrario al del tiempo físico y biológico. Uno, el físico, es claramente entrópico, mientras el otro es negoentrópico; la biología y la biografía del hombre discurren en sentidos opuestos. El tiempo humano no es lineal, se espesa y cobra densidad con los años. De ahí que el énfasis excesivo en la perspectiva naturalista y psicobiológica enturbie la percepción de la psicología de la vejez en cantidad de cuestiones importantes. Por poner aún otro ejemplo, piénsese en el inmenso error que significa reducir la inteligencia humana a la pura agilidad mental para resolver los problemas de unos tests, cuando se trata de estimar la dimensión práctica y social de la aptitud, esto es, la habilidad para resolver los problemas reales de la vida humana. En esta apreciación, el ingrediente de la experiencia es con frecuencia tan importante o más que el de la pura capacidad formal. Por ello, las organizaciones con solera acostumbran a situar en los puestos de más alta responsabilidad a personas que reúnan ambas condiciones, a saber: la aptitud y el conocimiento.

En otras palabras, aunque el asunto está sub judice todavía en muchos aspectos, hay motivos más que fundados para poner en duda la tesis del deterioro cognitivo sin más.

## 2. La perspectiva crítica

En efecto, las razones para someter a una revisión crítica la tesis convencional del deterioro son abundantes. Junto a las apuntadas, es preciso tener presentes otras de no menor entidad. Quizá la observación decisiva a este respecto consista en señalar la existencia de una especie de incompatibilidad de fondo entre la civilización industrial y la tercera edad.

¿ Qué quiere decir esto ? Significa simplemente que nuestra sociedad es competitiva en grado sumo, que se halla sometida al stress de unos cambios acelerados e incesantes en casi todos los órdenes de la vida y que, en consecuencia, exige de sus miembros un constante esfuerzo de asimilación de lo nuevo y de acomodación a las transformaciones. Valoradas desde semejantes coordenadas, es de todo punto evidente que la vejez queda reducida a una especie de edad residual, a una edad de tercera con la que en el fondo no se sabe muy bien qué hacer, aparte de atenderla en lo que se pueda por razones de humanidad.

Dicho de otra forma, las características de la vejez apenas se cotizan en la bolsa de la modernidad. Lo que en realidad importa a la sociedad contemporánea es algo distinto; son la agilidad y la energía propias de la juventud, la rapidez de reflejos y la capacidad de aprender nuevas pautas y metas de conducta, la acometividad, el espíritu de cambio y renovación, la indiferencia respecto del pasado, cuando no el menosprecio y la ruptura con las tradiciones y, por supuesto, la invalidación de la experiencia de las generaciones más viejas. Influida por la civilización tecnológica, nuestra sociedad ha proyectado el concepto de obsolescencia sobre la vida misma, y antepone la eficacia al sentido. A nadie puede extrañar, pues, que percibida a través de semejante óptica, una edad como la vejez resulte devaluada. Se echan en falta en ella las cualidades de la juventud, y no se valoran en cambio las virtudes que posee. A última hora este es el transfondo sobre el que se inscriben las medidas de apoyo a la tercera edad. Se da por supuesto que la vejez es acreedora a un cierto apoyo, tiene derecho a recibir ciertas prestaciones, pero <sup>que</sup> no es capaz de aportar nada útil para el desarrollo de la comunidad.

A nuestro entender en esto consiste el desenfoque radical del problema. En el ciclo vital del hombre, el declive corporal y el enriquecimiento personal marchan en direcciones opuestas; lo que la vejez pierde por un lado lo gana por otro, y es un grave error de apreciación suponer que las personas mayores se hallan inhabilitadas para contribuir con su experiencia al equilibrio de la sociedad. Es una inmensa equivocación, un error de época, creer que el desarrollo humano ha de medirse con las mismas categorías y por el mismo rasero del progreso tecnoeconómico. Es este error capital el que a la postre conduce a la segregación, más o menos edulcorada, de la vejez, una vez disminuídos sus recursos biopsicológicos más directamente homologables al engranaje competitivo de la produc-

ción. La vejez posee calidades que exceden de las reclamadas por el tecnologismo y que los psicólogos harían bien en rescatar de la postergación en que se hallan sumidas.

### 3. La recuperación de la vejez

Las edades del hombre forman una unidad indisoluble, son momentos de un ciclo vital que no admite soluciones de continuidad ni está compuesto por eslabones intercambiables. Son episodios de un continuo vital, que se fundan y prolongan unos en otros, de tal manera que todos ellos pierden algo de sí mismos cuando se ensimisman. En otras palabras, el equilibrio y continuidad de las edades constituye una pieza capital de la armonía de la propia vida humana. Lo cual es tanto como decir que por muchos hechos que compruebe y acumule la psicología sobre la vejez, la psicología se confunde si se deja meter el gol de que la tercera edad es un estadio apendicular del desarrollo humano, carente de funciones útiles para el sistema social, y del que en última instancia no se prescinde quirúrgicamente por razones morales.

La psicología de la vejez se equivoca si acepta como naturales todos los hechos que observa en la conducta de los ancianos o en las personas de edad. Son hechos, sí, pero no del todo naturales. El deterioro cognitivo de la persona mayor tiene algo de realidad y algo de mito justamente porque no es un hecho del todo natural, porque depende del entorno y de la biografía del sujeto y es, como dice ese horrible anglicismo, "contingente a ambos", o simplemente tiene una parte de suceso cultural. Muchos de los déficits intelectuales de los viejos - y de los jóvenes - tienen su origen en situaciones ambientales que tienen muy poco de "naturales" y que, desde luego, varían de cultura a cultura y según las épocas. Lo mismo acontece, por supuesto, con una porción considerable de las depresiones que sobrevienen a los jubilados como resultado del desamparo enseñado-aprendido que les aguarda al llegar a la edad reglamentaria de dejar la vida activa. Claro que hay deterioros cognitivos y desajustes afectivos en la tercera edad, y qué duda cabe que la psicología ha de estudiarlos. Sólo que ha de hacerlo teniendo presente que semejantes hechos son en cierta medida el resultado natural de causas culturales, por decirlo así, y que por lo tanto su estudio científico debe inscribirse en una sociología crítica del conocimiento psicológico, que ponga al descubierto este larvado sofisma del naturalismo, es decir, que la involución biológica del hombre es contrarrestada por su desarrollo biográfico.

Desconocer esta elemental verdad es, en suma, el resultado de haber hecho de la juventud la medida del hombre, y en el fondo no por otra razón que la económica. Cuando ceda la fiebre del juvenilismo se advertirá el inmenso error que se ha cometido al tomar la vejez por una edad acabada de la que nada cabe esperar. Mientras no se tome conciencia de que el tiempo del hombre se añeja con la edad, la recuperación de la vejez se confundirá con su tutela, lo cual es una verdad a medias. En el concierto de las edades es menester que suenen también las voces que hablan desde la última vuelta del camino. Por el diálogo de las edades pasa, en fin, la genuina psicología de la vejez, la recuperación de una edad a la que no le basta sobrevivir para existir humanamente.

José Luis Pinillos